

Parece que la idea que se habian formado los Griegos tiene algo de análoga. «Solo, dice Thirlvall, hasta que se han rehecho sus fuerzas con la sangre de una víctima inmolada, no recobran la razón y la memoria de otro tiempo, no pueden reconocer á sus vivientes amigos, ni sentir interés alguno por los que han dejado en la tierra.» Dos hechos dejan traslucir que los habitantes del Adés tenían algo de material: uno el que se juntaban para beber la sangre de los sacrificios, y que Ulises les hacia retroceder amenazándoles con su espada. No es esto todo, en ese reino de los muertos, el héroe mira con atención. Titye, cuyos buitres desgarran las entrañas, habla de Agamenon cuya alma «derrama amargas lágrimas,» y cuenta que la sombra de Sísife sudaba por los esfuerzos que hacia para llegar á la cima del peñasco del cual siempre volvía á caer. Puedo citar en abono un pasaje de la Iliada que demuestra de la manera más evidente que la teoría primitiva se habia modificado. Al despertar Aquiles de un sueño durante el cual habia visto á Patroclo, á quien en vano intentaba abrazar, gritó: «¡Ay de mí! En las moradas del Adés hay ciertamente un espíritu, una imágen, pero no un cuerpo.» Por lo tanto, la sombra de Patroclo habla y se lamenta; posee, pues, la materialidad que estos actos presuponen. Por tanto, en el espíritu de la época homérica, el sueño, á la par que suministraba pruebas de una ulterior existencia, suministraba hechos que adoptándolos á los razonamientos, exigían un cambio en la idea del otro yo: que es por donde se llegó á negar la materialidad completa.

Las opiniones reinantes entre los Hebreos no parecían ser muy diferentes. Tan pronto vemos á la materialidad como á la inmaterialidad ó cualquiera otro término medio dominar sus concepciones. Se representa al Cristo resucitado con las heridas de las que se podía hacer constar la existencia material, y sin embargo se nos dice que pasaba sin obstáculo á través de las puertas cerradas y muros. Los seres sobrenaturales de los Hebreos, buenos ó malos, resucitados ó no, se presentan con los mismos atributos. Unas veces éstos son ángeles que comen con Abraham ó que Loth hace entrar en su casa; de lo cual se deduce corporidad completa; otras veces se habla de multitud de ángeles ó de demonios que recorren de una manera invisible los aires, y por tanto han de ser incorporales. Por otra parte, se dice que tienen alas, lo que supone que su locomoción es mecánica, y se les representa tambien como capaces de echar á perder sus vestidos á consecuencia del roce de los mismos con los de los Rabinos en la Sinagoga.

Las narraciones de aparecidos, á las cuales se daba fé universalmente, otra vez suponían claramente la misma idea. Se admitía por fuerza, pero no se

aprobaba que para abrir puertas, agitar cadenas y hacer otros ruidos, era preciso poner una sustancia bastante densa.

Se encontrarán muchos ejemplos de esta creencia de semi-materialidad en el primer volumen de la obra de Mr. Tylor, titulada: *Civilización primitiva*, páginas 455 y 456, segunda edición.

Como ya lo habíamos presentado más arriba, encontramos mezcladas con esas ideas de duplicados semi-materiales é ilógicamente asociadas con ellas, ideas de duplicados de estructura aérea, ó sombras. La diferencia que hay entre un hombre moribundo y otro que acaba de morir, ha dado lugar necesariamente á una idea del difunto que expresa esta diferencia: toda marcada diferencia engendra una concepción correlativa.

El corazón cesa de latir. ¿Es el corazón el otro yo que se va? Hay razas que así lo creen; así se vé en las contestaciones dadas á las preguntas que Bobadilla hacia á los Indios de Nicaragua. «¿Los que están arriba, le preguntaba á uno de ellos, viven como aquí, con el mismo cuerpo, la propia cabeza y todo lo demás?» A lo que se le contestó: «Allí va solo el corazón.» Nuevas cuestiones aclaran una idea confusa de la existencia de dos corazones, y la creencia que «el corazón que se va es el que sostiene la vida.» Entre los Chancas del Perú antiguo, según nos dice Cieza, «al alma se la llamaba *soncco*, palabra que también significa corazón.

El cese de la respiración es más aparente que el de la acción del corazón: por tanto, también es causa de la creencia no menos difundida que identifica el otro yo que se ha marchado con la respiración que ha cesado. Los mismos Americanos del Centro admitían esta identificación al mismo tiempo que la precedente. «Cuando se va á morir, respondió un indio á las cuestiones de Bobadilla, sale de la boca algo parecido á una persona, llamado *yulio*, y se marcha á donde este hombre ó mujer moran; y allí vive como una persona y no muere, permaneciendo también allí el cuerpo.» Notorio es que las razas superiores han admitido la misma idea, y por consiguiente no es necesario dar pruebas. No mencionaré más que una; me refiero á la representación gráfica de esta idea en las obras de devoción adornadas de estampas de otro tiempo, por ejemplo, del *Mortilogus*, etc., del prior Conrado Reitter, publicado en 1508, que contiene dos grabados representando hombres muertos, de cuya boca se escapan pequeñas imágenes de ellos mismos, unas recibidas por ángeles, otras por diablos.

Hay también muchos ejemplos de identificación de la alma por la sombra:

hé aquí uno; nos dice Crantz, que los naturales de Groenlandia «creen en dos almas, á saber: la sombra y el soplo.» Bastará citar en apoyo hechos que suministra la antigüedad, el ejemplo moderno sacado de los Amazulus que nos cuenta Callaway. Como vé los hechos con ojos de misionero, por consiguiente invierte el orden de su Génesis, y dice: «nada probará mejor la degradación en que se hallan sumidos los naturales, como el ver que no comprenden que la palabra *isitunzi* signifique el espíritu y no la sombra proyectada por los cuerpos, pues entre ellos se ha hecho general la creencia de que los cuerpos muertos no proyectan sombra alguna.»

La concepción del otro yo, tal como resulta de esta identificación, tiende á suplantarse la concepción que le atribuye una materialidad total ó parcial, porque aquella está menos en desacuerdo con la experiencia, y por tanto conduce á observaciones que implican la creencia que los espíritus tienen necesidad de espacio para pasar aunque no tengan grande talla. De ahí que los Iroqueses dejen una pequeña abertura á la tumba, á fin de que la alma pueda volver á entrar en este mundo, ahujereándose á la par y al mismo objeto el ataúd. Dice Walpole, que los Ausayriis, en las habitaciones destinadas á hospitalidad, dejan muchos pequeños ahujeros cuadrados, para que cada espíritu pueda entrar y salir sin tropezar con los otros. Encuéntrase además muchos hechos del mismo valor en otros puntos.

Si no tuviéramos prueba directa alguna de que las concepciones del otro yo tienen este origen, bastaría la prueba indirecta sacada del lenguaje. Esto encontramos demostrado en todas las partes del mundo y en todos los pueblos, cualquiera que sea su grado de civilización.

Los Tasmanianos, dice Milligan, «dan á los espíritus guardianes el nombre genérico de *nar-arrauah*, palabra indígena... que significa sombra, aparecido ó aparición.» En la lengua azteca y en las de la misma familia, la palabra *ehcatl* quiere decir á la vez viento, alma, sombra. Las tribus de la Nueva Inglaterra llamaban al alma *chemung*, sombra. En el idioma *quiche* la palabra *nattub*, y en el de los Esquimales, la voz *tarnak* expresa estas dos ideas. En fin, en el dialecto Mohawk, la palabra *aturitz*, el alma, viene de la palabra *aturion*, respirar. Hállanse en los vocabularios de los Alconquinos, Araouaks, Abipones y Basutos las palabras que expresan también relaciones de identidad semejante. Todos sabemos que los idiomas civilizados identifican por medio de ciertas palabras el alma con la sombra, y por medio de otras con el soplo. No tengo necesidad de repetir los hechos presentados detalladamente por Mr. Ty-

lor, destinados á probar, como prueban realmente, que las lenguas semíticas y arianas presentan concepciones originales análogas.

Tratemos ahora ciertas concepciones derivadas muy significativas. Empecemos por las que son más aparentes.

Se observa que tanto los cuadrúpedos como las aves respiran como las personas. Proyectan sombra como los hombres, y que estas sombras que producen les siguen é imitan todos los movimientos como los de los hombres. Si, pues, el alma del hombre ó su sombra es el otro yo que se va en el momento de la muerte, la sombra del animal ó su alma, que asimismo desaparece en el momento de la muerte, debe ser su otro yo: el animal tiene, pues, un espíritu. El hombre primitivo que llega por un razonamiento poco más allá de los hechos que se presentan directamente á su atención, no evitaría la deducción de esta conclusión. También la encontramos de una manera expresa ó tácita, adherida á las creencias primitivas y sobreviviendo á las de las primeras razas civilizadas.

Allí se detiene el salvaje ménos instruido y más desprovisto de ideas; pero, á compás de lo que progresa la facultad de raciocinar, una nueva revela su existencia. Las plantas se parecen á los hombres y animales por la propiedad que tienen de crecer y reproducirse, de florecer, enfermar y morir como los primeros despues de haber producido como ellos nuevos individuos, á pesar de que se diferencien tanto de los hombres como de los animales más conocidos en que no tienen respiración visible (á ménos que se considerara su perfume como aliento). Con todo, las plantas proyectan sombra; y como sus hojas tiemblan bajo la influencia de la brisa, y sus ramas son agitadas por el viento, su sombra presenta movimientos semejantes. Además, para ser consecuente, se debe esperar en las plantas el principio de dualidad, pues las plantas también tienen dos almas. Esta idea, reconocida por las razas un tanto avanzadas, por ejemplo los Dayaks, los Karens y ciertos pueblos polinesios, produce prácticas que consisten en actos de propiciación para con los espíritus de las plantas. Finalmente atraviesa bajo formas bien conocidas muchos periodos de la evolución social.

Pero no es esto todo: una vez alcanza el hombre este primer grado de su desenvolvimiento, marcha, y como se hace cada vez más lógica, da un nuevo paso. En efecto, no son únicamente los hombres, los animales y las plantas los que producen sombra: hay todavía otras cosas. Pues si las sombras son almas, estas cosas deben tener alma. Hagamos, sin embargo, constar que nada nos dice que esta creencia exista en las razas más inferiores. Ni los Fuegienses

la conocen, ni los Australianos, ni los Tasmanianos, ni los Andamanos, ni los Bosquimanos; ó, si la tienen, no es bastante pronunciada para llamar la atención de los viajeros. Pero es una creencia que nace y se desarrolla en las razas más inteligentes. Mason dice que los Karens piensan «que todo objeto de la naturaleza tiene su Señor ó Dios, lo que quiere decir, un espíritu que lo posee ó lo preside;» y esto también por las cosas inanimadas de utilidad del hombre, los instrumentos, por ejemplo, tienen cada uno su yo ó espíritu. Keating, que nos expone la idea que los Chippeues se tienen formada del alma, escribe: «Creen que los animales tienen una alma, lo mismo que las sustancias inorgánicas, por ejemplo, un caldero; de suerte que su esencia es semejante.» Entre los Fijieneses, que como ya hemos visto, son de todos los bárbaros los que razonan mejor, esta doctrina ha sufrido una elaboración completa. Seeman nos cuenta que atribuyen una alma, no solo á todos los hombres, si que también á los animales, plantas, casas, canoas y á todas las invenciones mecánicas.» T. Williams dice lo mismo, y considera que esta opinión procede de la causa que hemos dado á conocer. «Es probable, dice, que esta doctrina de las sombras tenga algo de comun con la doctrina que atribuye espíritus á los objetos inanimados.» Los pueblos más avanzados han llegado á la misma conclusión. Los Mejicanos, segun Pierre de Gante, «suponian que todo objeto tenia un Dios,» y esto, que nos autoriza á creer que esta suposición descansaba sobre el hecho que cada objeto tiene una sombra, es que encontramos la misma creencia explicada abiertamente de esta manera por un pueblo vecino, los Chibchas. Seguramente refiriéndose á ella escribió Piedrahita el siguiente párrafo:

«Los Lachés adoraban cada piedra como un dios, porque decían que todas habían sido hombres y que todos los hombres se convertirían en piedras despues de su muerte; en fin, que vendría un día en que todas las piedras adquirirían su primitiva forma humana. Adoraban también su sombra propia, de manera que siempre tenían junto á ellos su dios, y que lo veían desde que amanecía. En fin, aun cuando suponian la posibilidad de que la sombra fuese producida por la luz y por un objeto interpuesto, sostenían que estaba creada por el Sol para proporcionarles dioses... Cuando se les enseñaban las sombras de los árboles y de las piedras, no se les convenía, porque las consideraban como dioses de los árboles y de las piedras respectivamente, y por consecuencia los dioses de sus dioses.»